

La pelirroja

I

Seguro que la había visto antes, pero no recuerdo exactamente dónde. Su cara me sonaba de la puerta del instituto. También de la biblioteca, donde muchas tardes me encontraba con Mario, los dos mirando al suelo, saludándonos de pasada, cargados de nuevos libros con los que saciar la sed, mientras ella lo esperaba paciente. Seguro que la había visto antes, pero no recuerdo exactamente dónde. Así que para mí, para que la historia tome un sentido, la primera vez que vi a la pelirroja fue a la salida de la hamburguesería, aquella tarde que se oscurecía en noche. Yo acababa de hablar seriamente con mi primera novia para explicarle que quería que se convirtiera en mi primera ex – novia. Ella decía que todo era por el sexo. Yo no lo negué. Habíamos merendado un menú con patatas entre los dos y nos habíamos despedido con un triste beso en la mejilla y la vaga promesa de seguir siendo buenos amigos. Era septiembre, anochecía. Empezábamos a jugar a ser adultos. Nos creíamos el colmo de la madurez entre los que estaban a punto de empezar el COU. Yo fumaba tabaco de liar y me peleaba con libros imposibles de entender todas las noches. Tomaba muchos cafés al día y llevaba dos diarios: uno con mis lecturas y otro con mis andanzas. Había pasado un mes en Dublín y no había mejorado nada mi inglés. Me había bebido cuatro pintas de *Guinness* en un pub que servía a menores y había acabado vomitándolas en el jardín de mi familia adoptiva. Escandalizaba a mi madre con mis insensatos planes de futuro y con mi música anticuada. Quería hacerme un tatuaje en cuanto cumpliera los dieciocho, quizá ponerme también un aro en la oreja como el que llevaba Mario. Me creía Corto Maltés en tierra. Siempre andaba con zapatillas de deporte y con unos pantalones vaqueros raídos, silbando por la calle. Había durado cinco meses con esa primera novia (lo que desde nuestra perspectiva era un récord, aunque uno de esos meses yo lo había pasado en una casa del lumpen irlandés y quizá lo justo fuera descontarlo de la marca). Había comprado al principio del verano una caja de preservativos en la farmacia de guardia pero seguía siendo virgen. Más o menos ese era el yo que salió de la hamburguesería, que entonces era una novedad en el paisaje, con un leve araño en el corazón, e iba a cruzar por el paso de cebra de la esquina. Ese era el yo al que la pelirroja asaltó como se asalta un taxi libre, el aprendiz de persona que inclinó tan deprisa como pudo la espalda para distribuir el peso y poder cargar con su cuerpo larguirucho y sus gritos de entusiasmo.

II

Yo quería ser escritor. Nunca quise ser futbolista, policía, astronauta ni bombero. No quise ser ninguna de esas cosas que quieren ser los niños. Nunca supe qué quería ser hasta que decidí que quería ser escritor. Entendí que ese era mi destino, y como había oído decir, creía que uno no puede resistirse a su destino. Muchas veces me dijeron que era un destino turbio, difícil, lleno de sinsabores. Pero yo lo quería para mí. Ansiaba caer. Iba a la biblioteca municipal por las tardes, sacaba mi cuaderno de notas y mis lápices, y no anotaba nada. Al final me rendía, sacaba un libro de las estanterías y me ponía a leerlo, y mientras pensaba en todo lo que ser escritor supondría. Ser escritor era tener una isla en medio de la ciudad y mandar esporádicamente mensajes en el interior de una botella. Era despertarse solo y fumar mucho, tener siempre los dedos manchados de tinta y nicotina. Dejar a los amigos en la cuneta, quizá perder al verdadero amor. Ser escritor era regodearse en la indiferencia de la mayoría e izar una bandera manchada de barro, encontrar claves secretas del funcionamiento oculto del mundo cuando se bajaba a comprar el pan y el periódico. Ser escritor era jugar a morir joven y arriesgarse a que una ráfaga de viento borrara todas nuestras huellas al día siguiente. Yo quería participar de ese mundo de privaciones voluntarias y fracasos aplazados. Quería que la literatura me trasquilara y que todos pudieran murmurar que la mía fue una caída anunciada y más que esperada. Quería morir en la calle con el boceto de una nueva novela encima. Quería que mi obra (exigua y poco leída) se reeditara tras mi muerte y alguien hablara (exagerando) de un verdadero drama, de la desaparición prematura de un talento aún por pulir, llamado a dar en unos pocos años sus mejores páginas. Quería escuchar todas las mentiras que tuvieran preparadas para mí.

III

Hay un hombre que camina solo bajo la luz de una farola solitaria. Ese hombre que aún no es viejo pero desde luego ya no es joven acaba de salir del café de la calle. Lleva un viejo abrigo gris y le sobrevuela la palabra fracaso. Se tambalea un poco. Camina con el paso inseguro del borracho que pretende mantener como sea la línea recta. Ha acabado con todo el vodka disponible y ha estado llorando en la barra. Luego se ha quedado dormido hasta que la camarera de los ojos azules lo ha llamado. Eran las dos y cuarto. Hacía una hora que no quedaba nadie. Mañana no podrá ir a trabajar. Esta semana faltará tres días a su primera clase y dentro de dos meses lo suspenderán de

empleo y sueldo hasta que abandone la bebida. Nunca la abandonará. Ella ha barrido, lo ha ordenado todo, ha cuadrado la caja y ha apagado todas las luces. Despierta, Mario le ha susurrado, y ha sonreído, amable. En el mundo, ha pensado su cerebro pastoso, no faltan el amor ni la felicidad. El amor y la felicidad se pueden comprar. Al mundo, en realidad, le faltan amabilidad y sonrisas muy blancas, ojos azules dispuestos a ofrecer cobijo y compromisos de verdad. Como el de ella. Como el suyo con la pelirroja, con la literatura, con sus alumnos. Los alumnos, murmura. Mañana tiene clase y no se levantará a tiempo de llegar al instituto. Cuando se levante será tarde para ir a trabajar. Se tomará un café y una tostada, seguramente sin tostada, y se irá a la biblioteca a perder el tiempo hasta la hora de salida del instituto. Sentirá que les ha fallado otra vez mientras revisa viejos libros que no había vuelto a abrir desde los tiempos de la facultad. Pero ya no les fallaré más, se promete.

Gracias Lara, le dice a la camarera cuando ella le ofrece llevárselo a dormir a su casa. Eres muy amable, pero no puedo, tengo que volver al despacho de casa a corregir trabajos, a finalizar el cuento que tengo entre manos. Abandoné la gran novela, le dice. Me venció. El que tengo entre manos será mi último cuento. El único bueno de verdad. Y debo estar ahí por si la pelirroja vuelve. ¿Te acuerdas, Lara, cuando os leí en clase *Los venenos*, de Cortázar, y os dije que era mi cuento favorito? ¿Te acuerdas cómo todos me escuchaban en absoluto silencio? ¿Recuerdas lo que os contaba de la magia? Un cuento fantástico de amor. Los niños todo lo vuelven fantástico. Cualquier cosa que diga un niño siempre sonará fantástica, como lo que diga un enamorado o un borracho lúcido. Maldita Lila. Encontré la pluma de pavo real de otro en un libro de la pelirroja.

Lara le da un beso con dulzura y lo sigue con la mirada hasta la esquina de la calle. Él nunca le ha dado clase, pero ella no se lo ha querido decir. Le ha cogido cariño. Cuando la pelirroja lo abandonó, trajo un libro y le leyó un cuento. Tal vez ése. Después le pidió el primer vodka – tonic de la noche y le contó su amor desgraciado. Desde hacía seis meses venía cada noche a nadar contra la corriente desde ese taburete. Y siempre acababa zozobrando, y nunca aceptaba un salvavidas.

IV

Yo sólo conocía a un escritor. Y eso me parecía un comienzo muy pobre para poder llegar a ser un escritor de verdad. Maldecía las malas cartas que me había repartido la vida. Escuchaba hablar a Mario, en su casa, a última hora de la tarde, en una

casi penumbra que rompía la lumbre de su cigarrillo sin filtro, de su infancia en una casa llena de viejos libros, de las peripecias de un abuelo burlón y mujeriego que a mí me habría bastado para – pensaba inocentemente – escribir toda una saga, de una madre tan bella que nadie la había olvidado nunca y que lo dejó abandonado sin despedirse siquiera. Envidiaba cada recuerdo que le oía contar, y envidiaba también ese viejo sillón de cuero en el que se hundía, sus ojos enrojecidos, gastados por tanta lectura de madrugada, los dos libros que había publicado ya y el imponente manuscrito de su tercera novela, la sensual carnalidad del acto de escribir y amontonar lo escrito, los autógrafos ilegibles, cazados en el metro, de Onetti y Cortázar.

Revisaba con tristeza a mi gris familia, allí en casa, reunida alrededor de la mesa de camilla mirando juntos la televisión cada noche, en los pocos libros que mi padre tenía, en la cena fría y el silencio que me darían las buenas noches si volvía a llegar tarde. Sentía la vergüenza de ser quien era y el deseo de despertarme una mañana con alas. Iba a la biblioteca y coleccionaba momentos de los libros de memorias de los escritores. Me llevaba esos libros a casa y me costaba conciliar el sueño. Ansiaba despertarme con alas y decidirme al fin a encerrarme en casa hasta que mi libro estuviera terminado y listo para sorprender a todos. Crear yo mismo una inmensa montaña de hojas mecanografiadas a doble espacio, con olor a café recién hervido en una casa cerrada por el frío y la nostalgia de lo que seguro, antes o después, se perderá para siempre. Frases corregidas a mano en papeles que amarillean desde que la ilusión inicial nos lanzó en una carrera cuesta arriba contra el peso de lo escrito. Los dedos tan finos de la pelirroja, la evidencia de sus uñas mal pintadas, enjugando la lágrima que corre y quema por la mejilla mal afeitada del único escritor al que yo conocía.

V

Saberse tan lejos de Proust y hacerle fotos desenfocadas al tiempo perdido. Al que perdí yo mismo y al que perdieron mis familiares y amigos, esos granos de arena que alguien deja en nuestros bolsillos hasta que los confundimos con los granos que se desparramaron de nuestro propio reloj. El tiempo que se nos fue mirando una tormenta por la ventana, leyendo una novela policíaca durante un viaje en tren que prometía llevarnos a cometer la mayor de las locuras adolescentes. El olor del café en una casa cerrada por la desgracia, una pianista de la que sólo vemos su nuca y sus delicadas manos interpretando a Satié mientras salimos de un sueño que olvidaremos al instante.

Despertarse sobresaltado a medianoche y sentir el dolor físico del vacío que la persona amada ha dejado, buscar un cigarrillo sin encender la luz de la mesita de noche y decirse que hay que fumar menos y no probar el café después de las seis de la tarde. Sentir la necesidad de gritar con fuerza y comprender la inutilidad de desafiar al vacío. Ver, de madrugada, las ventanas iluminadas en el edificio de enfrente y jugar a adivinar los motivos del insomnio vecinal. Sentarse durante dos horas para no ser capaz de escribir nada. Rendirse cuando al final se admite que no podremos ganar la próxima batalla.

VI

Escribir, siempre, de lo que nos ha dolido. Ese fue el consejo que me dio Mario cuando le dije por primera vez que yo también quería ser escritor. Preguntarle a nuestras cicatrices de dónde han salido y qué les hemos hecho para que no hayan podido sanar de la manera correcta. Después contar nuestros secretos con las palabras más adecuadas y evitar, en lo posible, recurrir al patetismo. Escribir de ese abuelo que perdió la fortuna de la familia jugando al póker y que fue sospechoso de un asesinato que nunca se resolvió, de esa madre misteriosa a la que se tragó la tierra sin dar explicaciones, del miedo a que la pelirroja prepare apresuradamente una maleta y tome el primer vuelo sin vuelta que encuentre.

Escribiré, le prometí, del primer amor irracional de mi vida. Le hablaría (porque ese relato sólo lo leería él, quizá también la pelirroja, y sólo lo vería más gente si primer recibía su aprobación) de un fin de semana en el que sentí sin llegar a comprenderlos, todos los estadios de todo amor. Una vida en un sábado y un domingo. La primera impresión, la falta de aire, la ansiedad, el miedo a hacer el ridículo, el miedo aún más temible a que el tiempo pase sin haber hecho nada, la traumática contemplación de la cruda verdad, la asimilación de esa verdad, la despedida fría de quien ha montado en la montaña rusa sin que la otra persona se diese cuenta, el regreso a la soledad, el adiós cortante, la dirección a la que nunca enviaremos una postal.

Escribiría un cuento sobre la catequista a la que ayudé en mi condición de auxiliar de monitor, aquella catequista universitaria de pechos pequeños que fumaba a escondidas de los niños y no utilizaba sujetador debajo de la camiseta blanca, esa catequista a la que intenté impresionar con la sobreactuada madurez de mis trece años. La catequista que me dio dos besos inesperados al conocerme y que me trató como a un adulto. La que me dijo: menos mal que este año tengo ayuda. La misma que sonrió para

que yo le perdonara todo y dijo: Tú te llamas PAB y yo PAO; los dos nos llamamos igual pero yo en chica. Nunca antes una chica tan mayor me había dicho una obviedad tan grande. Y nunca antes una obviedad me había sonado tan bien. La catequista rubia que fue la primera en subirse a mi espalda al final de la jornada del sábado, alegando una torcedura de tobillo, y que durmió plácidamente a mi lado, nuestros sacos en medio de los de los niños a los que cuidábamos, mientras yo pasaba la noche en blanco. La que me dio un número de teléfono falso al que llamé a la semana siguiente. La que antes de la misa final se escapó con su novio a un lugar apartado.

VII

Mario consiguió que todos leyéramos los dos libros de ese curso y que tuviéramos que reconocer que nos habían gustado. Nos habían entusiasmado. Los robamos de la biblioteca municipal y nos parecía que nada nunca volvería a ser igual. Pero todo, claro, acabó siendo igual, horriblemente igual. Lo igual, con el paso del tiempo, acaba por ser peor. Mario era un profesor joven y tenía un punto misterioso que hacía que todas sus alumnas conocieran a la chica pelirroja que venía a encontrarse con él en la esquina de la calle y hablaran mal de ella. Podía conseguir que incluso a los que no habían abierto nunca un libro por propia voluntad le obedecieran y leyeran lo que él mandara después de *El gran Gatsby*. A todos nos encantó ese libro. Se convirtió en un código secreto de nuestra promoción. Si nuestra clase hubiera sido una de esas dinámicas clases de instituto americano de la televisión, los alumnos más carismáticos hubieran preparado una adaptación teatral, o incluso un corto cinematográfico, con la ayuda del profesor, y las princesas del curso de Letras se hubieran peleado por ser Daisy.

Una noche, en su casa, cuando yo ya no vivía en la ciudad y la pelirroja todavía no lo había abandonado, cuando el amor aún parecía una llama sagrada que ningún sacerdote osaría apagar, cuando los dos ya éramos lo suficientemente mayores para darnos cuenta de que sólo nos quedaba en común un pasado tan reciente y a la vez tan lejano que en algún momento se agotaría como hilo de comunión, me contó que al principio no quería mandarnos como lectura trimestral *El gran Gatsby*. Le parecía que a una clase de nuestra edad, tan vital, tan llena de talento por desperdiciar, no le interesaría una historia de fascinación por el mundo de los ricos. Pero la pelirroja le dijo que el libro era mucho más que la historia de la fascinación de un pobre acomplejado

por el mundo de los ricos. En realidad, a Nick Carraway la adolescencia le sorprendía ya mayor, en medio de aquellas páginas, y su historia era realmente la historia de alguien que descubre la vida después de tantos años escondiéndose de ella. Gatsby, y Daisy, y Tom Buchanan, y todos los demás inconscientes que pululan por la historia, le enseñan a Nick que se puede vivir de otra manera, y que los que no viven como ellos deberían morir inmediatamente de la envidia.

VIII

El escritor (el escritor es una figura general que he compuesto con muy pocas piezas, con Mario y conmigo, con las biografías de algunos autores que he leído con el paso de los años) es ese tímido Peter Parker que se levanta un día con una tremenda fuerza inesperada pero sin el sentido arácnido que lo convierta en Spiderman. El escritor nunca sabe de dónde le van a venir los golpes y nunca los anticipa. Los recibe y luego, noqueado por la realidad, hace preguntas que no tienen respuesta mientras las sirenas de las ambulancias vienen en su auxilio. El escritor tiene una única capacidad que lo distingue del resto, la de ir dejando preguntas colgadas por las esquinas de la ciudad.

Peter Parker se pasaba la vida tratando de esconder sus superpoderes a su círculo más cercano. Pensaba que así podría protegerlos. Su vida de punta de grafito se le fue en darle explicaciones a todo el mundo de por qué hacía lo que hacía, a qué se debían tantas noches ausente, tantas excentricidades sin explicación. Por qué no se limitaba a madrugar cada día para ir a clase y concluía sus estudios universitarios y se convertía en un reputado físico nuclear. Parker perdió a Mary Jane por culpa de las imprudencias de Spiderman, y nunca se lo pudo perdonar.

Spiderman es el superhéroe de los escritores porque no es capaz de comprender por qué hace lo que hace, y no cesa de torturarse, y la suya es una personalidad maniaco-depresiva y claramente literaria. Peter Parker es el santo patrono de los adolescentes inadaptados a los que no miran a los ojos sus vecinas. Es el alumno brillante y discriminado pero suficientemente fuerte para devolverles los golpes a los abusones que todo marginado sueña con ser. Es el único capaz de salvarse a sí mismo y el que siempre acaba empantanado en un nuevo dilema moral al final de cada aventura.

Si Peter Parker no fuera eternamente joven también hubiera naufragado en la barra de un bar, con los bolsillos llenos de antidepresivos sin receta y una vieja foto de Mary Jane Watson en la cartera. Peter Parker llora cuando se acaba la viñeta y cree que

los lectores no pueden notarlos, y se pasa las noches en vela en el sofá de casa, escuchando viejos discos que pasaron de moda. Si hubiera leído los libros de Mario, le gustarían, y se hubiera dicho que no era casual que a Mary Jane también la llamaran con frecuencia la pelirroja.

IX

La pelirroja me llevó a tomar un café y me pidió que nunca le contara a Mario lo que estaba a punto de confesarme, el secreto más grande del mundo. Agarré su mano y le prometí silencio eterno como creía que lo hubiera hecho Humphrey Bogart. La pelirroja me dio un beso en la frente al final de nuestra charla y me dijo que era un cielo. Nunca volvió a utilizar mi chepa como medio de transporte. La pelirroja me dijo que había podido ver el futuro (no me dijo cómo lo logró) y que el futuro, sobre todo cuando era triste, era irremediable. Podía tardar más o menos en llegar, pero era estúpido tratar de escapar de nuestro destino. El destino, con su voz seductora, le había adelantado que se iría del lado de Mario y que éste nunca podría terminar su tercer libro, que se haría polvo en unos cuantos archivadores.

La culpa de todo, me dijo la pelirroja, de su falta de éxito literario y su alcoholismo, de mi infidelidad y de otros problemas que no te confesaré, la tiene la belleza. Somos demasiado hermosos para que lo nuestro termine bien. Mario es demasiado guapo para escribir suficientemente bien, tan bien como para poder triunfar. Y pensé en Onetti y Borges, en Kafka y Cortázar, y vi claro que ninguno de mis escritores preferidos era guapo. Es lo mismo que le pasó a Scott Fitzgerald y a Zelda, me dijo la pelirroja. Hermosos y malditos desde la cuna, desde que alguien dijo: qué guapos son. Derrotados de antemano, nos rendiremos de manera incondicional y seremos estatuas de mármol en panteones separados.

X

Otro de nuestros cuentos favoritos de Cortázar decía que mientras en una casa quedara un bote de Nescafé, también quedaba la esperanza de que un día todo mejorara. La última vez que lo visité, no fue capaz de encontrar el Nescafé, aunque juró que tenía por ahí guardado un bote para las visitas. Él, ahora, sólo tomaba té. Tomamos un té y charlamos un rato de lo poco que nos quedaba en común. Vi una fotografía de la

pelirroja que no había visto antes, y comprobé que su novela llevaba años abandonada. Me habló de un cuento en el que estaba trabajando. Un buen cuento. Un cuento para mantener la esperanza encendida y acercarse de vez en cuando a calentarse las manos. Estaba leyendo a Chéjov y a Turgueniev, y me pidió un ejemplar de *El gran Gatsby*, quería releerlo y había perdido el suyo. No me pareció una buena idea que lo leyera, en su estado, y nunca volví para prestárselo.

Mario ya no trabajaba dando clases y fumaba sin parar. Llevaba el mismo pendiente de siempre y olía como las personas que nunca salen y no se duchan con frecuencia. Era uno de esos borrachos a los que aún respetan por la calle aunque no sepan muy bien por qué. Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar al joven que fue, al que publicó su primer relato. Iba a cumplir los cincuenta y aparentaba diez años más. Vivía con una pensión muy escasa. Los años de alcohol e insomnio, los monstruos que sólo él habría visto, habían acabado con el rostro atractivo de antaño. Ya no era hermoso, pero tampoco escribiría ya nada memorable. Sabía que esperaba con gusto a la muerte. Pensé en la pelirroja. Le hablé de un libro muy bueno que había leído recientemente y que me hizo acordarme de ella. Lo apuntó y dijo que lo buscaría en la biblioteca pública.

Le confesé que hacía años que no escribía, que todos nos cansamos de ser un Peter Parker disminuido y esperar en vano la llegada del sentido arácnido. Cuando anocheció bebimos vodka y yo le conté mi encuentro en una cafetería con Franz Kafka, que miraba con asombro la televisión al fondo del local. Creyó que era una idea para una historia. Me dijo que era buena. Me animó a escribirla.